

Aportes a lo público desde la investigación

Reconfigurar el Estado, disputar lo común. Debates en torno al proyecto libertario. Diálogos en el Instituto de Investigaciones Gino Germani¹

Pilar Arcidiácono

Abrimos este espacio que se propone reflexionar sobre la reconfiguración del Estado, de los vínculos con la sociedad y la disputa de lo común en tiempos libertarios. Sabemos que estamos atravesando un momento muy particular, con una propuesta de La Libertad Avanza claramente disruptiva, que desafía muchas nociones que tal vez dábamos por sentadas, vinculadas con la política, los derechos, la justicia social y la democracia. Uno de los ejes que nos convocaba en estos Diálogos del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) 2025, aunque no el único, tiene que ver con el furibundo antiestatismo de la época. A diferencia de otros períodos, esa retórica se tradujo en políticas concretas y en transformaciones significativas en la estructura institucional. Un gobierno que se jacta de los despidos, del cierre de

oficinas y áreas del Estado, lo que en muchos casos suena como una posibilidad de desmontar ámbitos marcados por privilegios y despilfarro. Ahora bien, ni la amenaza de muerte, ni la muerte efectiva de instituciones son procesos iguales dentro del Estado. El aparato legal tiene una distribución desigual de “anticuerpos”, de una red institucional y de legitimidad social. Por eso, no han avanzado con la misma intensidad en todos lados.

El espacio de hoy reúne distintos grupos e investigadores e investigadoras de este instituto: el Grupo de Estudio en Políticas y Juventudes, con Melina Vázquez y Dolores Rocca Rivarola como representantes; el Grupo de Estudios sobre Políticas Sociales y Condiciones de Trabajo, con Malena Hopp y Analía Minteguiaga; y el Grupo de Estudios sobre Jerarquías, con Florencia Luci y Matías Landau.

1. *Diálogos en el IIGG* es una actividad que busca fortalecer los lazos tanto al interior del Instituto de Investigaciones Gino Germani como con otros centros de investigación. Desde su lanzamiento, en el año 2012, el objetivo de estos encuentros ha sido promover el debate desde distintas perspectivas sobre temas comunes. <https://iigg.sociales.uba.ar/dialogos-4/>. A continuación, se transcribe el encuentro del 12 de septiembre 2025.

En la mesa anterior² de estos Diálogos del Instituto Gino Germani, abordaron temas de condiciones de trabajo de científicos y docentes que es fundamental porque estamos en un momento de clara afectación de las condiciones materiales de vida (pérdida de casi el 40 por ciento del poder adquisitivo de los salarios, bloqueo a los ingresos de la carrera científica en CONICET, recortes en financiamientos para proyecto, entre otros problemas). Pero también se discutieron los ataques simbólicos a la labor docente y científica en este nuevo escenario complejo. Quiero dejar planteado esto, porque como trabajadores de la ciencia, se nos plantea un desafío importante: el de trabajar sobre una distancia crítica para investigar, superar la mera indignación que nos atraviesa. Somos parte del proceso de desmantelamiento del que vamos a conversar, y eso demanda una reflexión profunda sobre las metodologías y las perspectivas que adoptamos.

Tenemos dos ejes planteados para este diálogo. En el primero queremos recuperar una preocupación vinculada con los legados y las novedades. Efectivamente, el discurso privatista y antiestatal nos evoca otros momentos, nos hace resonancia con épocas como los noventa o la etapa de Cambiemos donde resonaban frases como la "grasa militante", el "Estado aguantadero". Intentamos calibrar y evitar las simplificaciones más rápidas, las similitudes tan veloces con otras épocas. Queremos ver, en todo caso, qué hay de nuevo en este proyecto de La Libertad Avanza, qué continuidades y rupturas se pueden trazar, por ejemplo, con el neoliberalismo noventista. ¿Qué sentido de lo estatal, lo público y lo común están en juego hoy? ¿Qué está produciendo este contexto?

En un segundo eje, el objetivo de este espacio es problematizar la reconfiguración de los vínculos entre el Estado y la sociedad. La idea ahí es concentrarnos en pensar de qué modo otros actores o los viejos actores interactúan con el Estado. Estamos pensando en élites, en sindicatos, en movimientos de trabajadores de la economía popular. Queremos ver cómo cambia la interlocución, la forma de incidir —de hecho, si es que están pudiendo incidir—. Entonces: ¿Qué actores pierden centralidad y quiénes son los otros que ganan protagonismo?

Matías Landau

Voy a tratar de circunscribirme a los diez minutos y contestar las preguntas disparadoras, y tirar más preguntas que respuestas. En ese sentido me parece muy interesante tratar de pensar la comparación del proyecto mileísta con los '90. Me parece también que es un poco difícil esa comparación, básicamente porque nosotros respecto de los '90 tenemos un proceso acabado y además una distancia histórica. Si nosotros nos situáramos en el momento del menemismo, en comparación con lo que lleva el mileismo, estaríamos en abril del '91, que es cuando lanzan la convertibilidad. O sea, cuánto va a durar, si es que va a durar mucho, poco, los efectos del mileísmo, todavía no lo sabemos, por lo tanto, ahí hay que tener como cierta precaución de método.

Pilar Arcidiácono

Antes de entrar de lleno en la comparación con los noventa, ¿desde qué lugar te parece más fértil mirar hoy las críticas al Estado y qué implica esa "precaución de método" que mencionas?

Matías Landau

Creo que es interesante hacer el ejercicio y voy a tratar de hacerlo en tres puntos. En primer lugar, cómo pensar el tema de las críticas al Estado, desde donde pararse para pensar y analizar las críticas al Estado. En segundo lugar, cómo se daba eso, me parece a mí, en la década de los 90. Y en tercer lugar, cómo podemos entonces comparar al mileísmo en relación con ese antecedente. Para el primer punto me gustaría recordar a Foucault, en los textos en donde habla del "inflacionismo" de la crítica estatal de hace 50 años que él lo tematiza a partir de la idea de la "fobia del Estado", planteando que la crítica al Estado en ese momento reificaba y simplificaba cosas muy distintas, desde la crítica a la seguridad social, a los campos de concentración y todo remitía a la crítica al Estado. Por lo tanto, eso lo llevó a plantear dar un paso hacia el exterior, la dispersión, el tema de la gubernamentalidad. A mí me parece que hay que tener en cuenta eso para poder ver que, cuando se habla del Estado, se habla de un montón de cosas distintas. No podemos ahora hablar de la pluralidad de cosas que se aluden cuando se habla del Estado y se critica el Estado. Pero sí me parece diferenciar dos tipos de críticas. Unas, que podríamos denominar como críticas funcio-

2. En la actividad "Científics argentinxs: una identidad en disputa y los desafíos actuales del Sistema de Ciencia y Técnica en Argentina" participaron Martín Unzué (director del IIGG), Julio Moyano (director del IEALC), Sebastián Levalle (Colectivo de Ingresantes CIC-CONICET), María Maneiro (ATE CONICET Sociales, IIGG) y Bryan Herrera Jurado (Jóvenes Científicos Precarizados, IIGG-UBA/CONICET).

nales, tienen que ver con aquellas que plantean que el Estado es importante, pero que funciona mal, que es ineficiente, corrupto, burocrático, lo que fuere, y otra que son críticas radicales, que básicamente sostienen que el Estado es una institución intrínsecamente negativa que impide el desarrollo de la sociedad, de la economía, etc. Y, por lo tanto, es condenable y en definitiva habría que abolirla. Si uno toma la historia larga, originalmente había más una crítica radical por izquierda y un liberal conservadurismo funcional, reformador. Algo de eso un poco se fue modificando, pero entonces primero quería plantear ese pequeñísimo marco para entender cómo analizar las críticas.

Pilar Arcidiácono

Estás marcando una distinción fuerte entre críticas funcionales y críticas radicales. ¿Cómo se jugaban esas formas de crítica en los '90?

Matías Landau

Los '90 arrancaron cuando asume Menem, porque sabemos que ganó diciendo que va a hacer la revolución productiva, etcétera, pero apenas asumió desplegó una crítica funcional muy fuerte al Estado. Lo primero que hizo fue la reforma del Estado, las privatizaciones, la apertura económica, etc. Y apareció una discusión sobre el Estado muy fuerte, que con el correr de la década creo que, si bien no desapareció del todo, sí se fue corriendo un poco hacia un debate sobre cuestiones más vinculadas al desarrollo de las consecuencias de las reformas en la sociedad. Ahí es donde apareció, me parece a mí, y lo vivimos todos los que de alguna manera nos formamos en los 90, un análisis que tenía una fuerte matriz casteliana. Creo que Robert Castel fue de hecho uno de los autores más citados en la década del '90 por las ciencias sociales y en especial la sociología. Aparecían los temas fundamentales que todos fuimos transitando, el tema de la exclusión, de la marginalidad, de la fragmentación social, de la desafiliación, de la territorialización, la acción política, la desalarización, la precarización, etc. Por entonces los estudios enfocaban hacia los nuevos pobres, los movimientos sociales, la vida de los countries, es decir, cómo eso que se suponía que era una sociedad integrada estaba viviendo un proceso de desintegración, de fragmentación, etc. Creo que ahí, había un telón de fondo, que era la cuestión social como el gran referente, y de alguna manera esa idea de que había un pasado de integración, que todavía se trataba de denunciar y de alguna manera de defender. Pasemos ahora al tercer punto, a la actualidad. Yo creo que hay un antecedente que es el kirchnerismo, para po-

der entender el mileísmo. Los gobiernos kirchneristas vinieron a tratar de revertir en algún sentido esas lógicas de los '90, la idea de la recuperación del Estado, el Estado presente, etc. Yo creo que el resultado fue un resultado parcial, que no logró de alguna manera resolver esas cuestiones, y esos procesos iniciados en los '90 se profundizaron y, fundamentalmente, se naturalizaron. Entonces se fue perdiendo en el discurso público, en el debate público y también en las ciencias sociales, un poco ese marco de referencia conceptual de los '90. Se habla muy poco ya de fragmentación, de desafiliación, de exclusión. La cuestión social aparece, me parece, en un lugar muchísimo más marginal en relación a ese momento, y esto no pretende ser una crítica a las investigaciones actuales, sino básicamente una descripción de las categorías con las que estamos todos investigando y la realidad que de alguna manera nos toca observar en la actualidad. En lugar de hablar de la cuestión social buena parte de los análisis se centran en una crítica al Estado. Pilar hablaba de la "grasa militante", pero uno puede hablar siempre de que existió de alguna manera esa crítica del Estado. Creo que hoy ha vuelto o se ha acrecentado, se ha convertido en un blanco fácil en donde se depositan las frustraciones de la sociedad, de la economía, y la política. Hay una especie de fetichismo de la crítica estatal y, por traer de vuelta a Foucault, una especie de inflacionismo de la crítica al Estado, que además no deja de ser paradójica porque se da en el momento en donde, ya sabemos hace varios años, que el Estado como institución, cada vez tiene menos poder de regulación de la sociedad a partir de los procesos de cambios tecnológicos, económicos, la mundialización, etc. En la actualidad y para ir cerrando, yo creo que desde el peronismo progresista, por poner una etiqueta, se expresa una especie de crítica o autocrítica funcional, culposa. Para ese relato, la llegada de Milei se explica porque el Estado no dio las respuestas que prometió. Igual, me pregunto, y como es un diálogo lo tiro, si no hay ciertas expectativas desmedidas respecto a lo que Estado en sí puede hacer y en relación a eso, si el problema es que no llegó lo suficiente o de alguna manera no puede quebrar esos procesos de largo aliento. Creo que es cierto que hay un desmantelamiento, pero creo, acá hay más expertos que yo, que el Estado sigue teniendo cierta presencia luego del kirchnerismo que en los '90 todavía no tenía, digamos, hay una serie de programas asistenciales, subsidios, universidades, jubilaciones, pensiones, etcétera, el debate sobre las pensiones por discapacidad. Para terminar, el mileísmo viene a expresar una crítica radical antiestatal. Creo que esa es la novedad del experimento mileísta en términos por lo menos discursivos.

Después es interesante ver hasta dónde puede hacer y no, que eso es lo más novedoso y disruptivo, inclusive dentro del panorama de las llamadas extremas derechas o derechas radicales, donde Milei también es una rara avis dentro de otras perspectivas más nacionalistas, y es raro encontrar alguien que diga, como Milei, que “es el topo que viene a destruir el Estado desde adentro”. Esto lo diferencia de otros líderes de extrema derecha, desde Bolsonaro a Le Pen, pasando por Meloni. Entonces me parece que si este discurso prendió es porque hay ahí depositado en el Estado un discurso, un argumento, que es muy simplificador y por lo tanto prende mucho en la sociedad. Me pregunto cómo va a evolucionar este debate en el futuro. Yo creo que, más temprano que tarde, las expectativas puestas en Milei se van a ver frustradas, me imagino, me pregunto, en ese momento, qué nuevas narrativas sobre lo común y sobre el lugar del Estado como articulador o no, y las capacidades y posibilidades en relación a la sociedad se van a poder jugar. ¿Cómo ubicar allí al Estado en la justicia medida, sin que eso conduzca a una nueva frustración?

Pilar Arcidiácono

Melina, vos venís trabajando hace tiempo estas sensibilidades antiestatales. ¿Qué te llamó la atención del mileísmo que no podíamos ver solo con la lente noventista o del “Estado presente” kirchnerista?

Melina Vázquez

Gracias por motorizar este espacio para poder pensar el Estado en el mileísmo, más allá de la motosierra. Esto es, reponer qué dimensión productiva del Estado involucra esta fuerza política, qué materialidad tiene este Estado, cómo se lo piensa simbólicamente, qué forma adopta ese estado mínimo: qué áreas o programas se priorizan, con cuáles hay más encono o saña y cómo pensar esto. A mí esto me interesa particularmente como eje de la discusión.

Dentro de los distintos ejes que fuimos pensando yo quisiera compartir una reflexión a propósito del trabajo de campo en el que estoy involucrada permanentemente. Traje el Programa del encuentro liberal “Fighting the State from within” que se organizó en el mes de agosto del 2025 en Buenos Aires. Un encuentro internacional libertario en el que habló Milei y en el que también estuvieron las mujeres liberales que estudiamos en el libro *Sin padre, sin marido y sin Estado*. Feministas de las nuevas derechas (Siglo XXI), que hicimos con Carolina Spataro. Quería recuperar algo sobre la sensibilidad antiestatal y tratar de pensarlo “desde arriba”

pero también “desde abajo”. Me parece que es en estos dos planos donde la reflexión se vuelve más interesante y permite pensar algunas derivas sorprendentes. Primero pensaba esta sensibilidad antiestatal no es del todo nueva, nos lleva a los años noventa, a la figura de la empleada pública que retrató Gasalla, que; también vuelve con *Panic Show*, la canción de La Renga con la que Milei empezó en los actos políticos de Milei. Vuelven las canciones que simbolizaron “el estallido”, el fin del ciclo menemista, la crisis del 2001, pero para hablar de un ciclo nuevo que se parece, pero se diferencia bastante. Entonces: ¿cómo es posible esta combinación? Vuelve una derecha particular con un fuerte componente plebeyo. Esto, en parte, también estuvo en el menemismo, que logró articular al peronismo, y a un patillado que hablaba de la revolución salarial, con un partido como la Unión de Centro Democrático (UCEDE). Y en ese sentido hay otros parecidos de familia: el revoleo de los billetes del dólar, simbolizando una idea de una estabilidad, la hiperinflación y la evocación de Menem como aquel que pudo romper con la hiperinflación del gobierno de Alfonsín; la figura de María Julia Alsogaray que evocan las mujeres liberales que estudiamos, comparten como una especie de inspiración femenina. Todo el tiempo apelaciones o marcas, inclusive en un acto que hicieron la Legislatura porteña en el 2022 del que participaron Domingo Cavallo, Carlos Corach y Eduardo Menem, invitados por el legislador Ramiro Marra, para presentar el libro: *Los noventa: La Argentina de Menem*, y recordar una década que, dijo entonces Marra, hay que volver a contar a los jóvenes porque fue el mejor gobierno de la historia y lo quieren borrar de la historia.

Pilar Arcidiácono

Traés esa doble mirada “desde arriba” y “desde abajo”. ¿Cómo dialogan estas continuidades noventistas con el ciclo kirchnerista, que puso al Estado en el centro, y con lo que vemos hoy en las lecturas juveniles sobre el Estado?

Melina Vázquez

Esta sensibilidad anti estatista tiene lugar después de un ciclo de gobiernos kirchneristas —con un breve interregno durante el macrismo— que puso al Estado en el centro. Un ciclo expansivo con narrativa contundente sobre la importancia del Estado y una ampliación concreta de la capacidad de intervención, agencia y producción de medidas socioestatales. Este tiempo se parece mucho al pasado, pero, a la vez, el punto de partida es diferente. Son varias reflexio-

nes que quisiera compartir e intentaré anudar al final. En la presentación conjunta que hicimos ayer con Gabriel Kessler y Gabriel Vommaro, de su libro *La era del hartazgo*, aparecía también la cuestión de cómo esa narrativa tan importante para los gobiernos kirchneristas sobre la idea del “Estado presente”, que se moduló como “El Estado te cuida” en la pandemia, convive con una idea fallida sobre el Estado, como algo impostado, como una narrativa que no termina de hacer sentido, sobre todo para las generaciones más jóvenes.

El giro progresista del peronismo, o sea el kirchnerismo, que de alguna manera colocó sobre la mesa una pregunta acerca de cómo las gestiones de gobierno se articulan con las agendas de los grupos movilizados, y con los grupos movilizados. Ahí también están los ecos del menemismo, en el sentido de las consecuencias que tuvo ese período y que se pusieron de manifiesto en la emergencia de organizaciones de desocupados o piqueteras que, precisamente, fueron convocadas al inicio del gobierno de Néstor Kirchner, que formó parte de la llamada “transversalidad”. Primero con las organizaciones piqueteras, después con las organizaciones de derechos humanos. Ahora pensando en esta sensibilidad “desde abajo” estos actores y sus agendas se van integrando al Estado. Hay muchos trabajos que analizaron la integración de figuras en áreas clave de los ministerios de Desarrollo Social, pensando en los piqueteros entrando al Estado, en las organizaciones de derechos humanos, y la incorporación al Estado de agendas. En paralelo la emergencia desde abajo de una narrativa “anti-planera”, la idea de que desde el Estado se hacen cosas “con la nuestra” o que hay “curros de los derechos humanos” o que la agenda de los derechos humanos es “incompleta” o no integra la agenda de la seguridad. Esto también explica cómo hoy los libertarios radicalizan agendas que se fueron construyendo desde abajo y representando desde arriba desde mucho antes. Esto explica cómo Milei llega a hacer campaña con la bandera que dice “Kirchnerismo Nunca más”, que aparece como reacción y recreación de consignas para decir otra cosa. El tercer momento de esa articulación, puede haber otros, pero me concentré en estos, el furcio “volvimos muje... mejores” de Alberto Fernández, con la creación del Ministerio de Mujeres y diversidades y la construcción estatal de una agenda feminista. En relación con esto también podemos leer las narrativas libertarias contra lo que desprecian como “cursitos de género” y la idea de que hay una cancha inclinada en favor de las minorías, como mencionan en el libro Kessler y Vommaro. Esto moldea la idea de “los curros del Estado” como

argumento para fundamentar que es “necesario” un ajuste, que hay “usos políticos” de las agendas, y desde ahí podemos llegar hasta la idea de “adoctrinamiento”. En ese sentido, volviendo sobre el título del libro de Pablo Stefanoni, *La rebeldía se volvió de derecha*, es la idea de que la derecha se volvió la rebeldía y el progresismo el status quo. Sumado a esto, la idea de que esas agendas militantes se convierten en una agenda del propio Estado, donde algunas de las figuras del feminismo, de los organismos de derechos humanos y de las organizaciones territoriales aparecen como figuras que forman parte del Estado y de las agendas que a ese Estado le interesan. No puedo dejar de leer esa dimensión del Estado para entender cómo se construyen esas sensibilidades antiestatales, narrativas antiestatales y muchas de las agendas que permean a muchos grupos dentro de las derechas, por ejemplo, la narrativa “anti-planera” está en casi todos los grupos que yo me he encontrado dentro de los mundos libertarios. La crítica al Estado es un hilo común y después hay lecturas singulares en función de sus agendas principales. Y uno de esos elementos transversales tiene que ver con la oficialización de agendas militantes.

Pilar Arcidiácono

Recién mencionabas el encuentro liberal “Fighting the State from within”. ¿Podés contarnos un poco más qué viste ahí sobre esta sensibilidad antiestatal “desde arriba” y cómo se la busca traducir en un relato exportable, casi de laboratorio?

Melina Vázquez

En el evento liberal al que concurrí se evocaba la idea de mirar de cerca el caso argentino, el gobierno de Milei, como una suerte de laboratorio para mirar cómo se encara la destrucción del Estado. Ante una audiencia internacional (de ahí el nombre en inglés y el desarrollo del evento con traducción simultánea): observadores del “fenómeno Milei” y funcionarios describieron eso que todos colocaban como el (nuevo) “caso exitoso” de América Latina. Si antes era Chile, repetían, ahora todas las miradas están puestas sobre Argentina, presentado como el suceso de la región. El “topo del Estado” como caso aleccionador y Milei una figura en la que se inspiran otros. Una de las asistentes, boliviana, nos contó que algunos diputados cierran sus intervenciones en su Congreso diciendo “Viva la libertad, carajo”. Eso como pincelada de un clima de época. ¿Cómo intervinieron los funcionarios que participaron de ese encuentro organizado por el linaje de los Benegas Lynch y que tuvo como centro a Alberto Benegas Ly-

nch (h)? El funcionario del Ministerio de Desregulación y Transformación del Estado que participó en lugar de Federico Sturzenegger —que era quien estaba anunciando realmente— hizo un “diagnóstico sobre la desregulación”, mostró a través de la historia cómo “la normativa se utilizó como una herramienta para frenar libertades”, repasó leyes desde el gobierno de Perón hasta el presente. Presentó la ley bases, mostró una foto del pilón de hojas (para dar cuenta de la magnitud que tenía) y describió cómo esa ley se articula con un entramado de acciones más amplio, como decretos y resoluciones, y luego puso foco en la implementación, bajo la idea de que es ese el “verdadero test de que las cosas suceden”. En suma: romper el Estado, pero cómo hacerlo. Si Cristina Fernandez dedicaba extensos discursos a explicar “todo lo que hicimos hasta acá”, incluso en 2007, con la campaña para la reelección, retomó algunas de esas conquistas para dar nombre a la “fuerza de...” la movilidad jubilatoria, los científicos, etc. La escena era equivalente pero inversa: mostrar paso a paso cómo llevar adelante la desregulación, cómo bajar la intervención y pelear al Estado desde adentro. Se evocaba de manera celebratoria las formas precisas del achicamiento del Estado, por ejemplo. “bajamos el 30% de los cargos públicos”, “estamos cuestionando el rol del sindicalismo, que era la guardia pretoriana de los trabajadores que se organizaban en favor de sus derechos y en contra de los empresarios”. También se mencionaban nombres de cargos o de áreas estatales llamativos, para hacer chistes y mostrar, con ironía y risas por parte del público, un Estado “demasiado” o “ridículamente grande”. También se mencionaba que había casos en los que “el Estado contrata al Estado”, por ejemplo, cuando se tenía que sacar un pasaje desde la administración pública y se priorizaba que fuera en la compañía estatal, Aerolíneas Argentinas. Se habló de YPF, del Correo Argentino, de Aerolíneas, de la ley de góndolas, de alquileres, etc. Se evocaba con ironía la idea de que el Estado tiene el monopolio de la regulación. Benegas Lynch, por su parte, describió los casos en que las empresas tenían que exportar para poder importar y dijo: “esto se parece una película de Woody Allen”. A través de diferentes anécdotas retrató la parodia o el ridículo de “un Estado que regula”. Esa teatralización, similar a la empleada pública de Gasalla, para graficar ante una audiencia internacional lo ridículo que es el Estado y lo ineficiente que es el Estado.

Pilar Arcidiácono

Y cuando bajás de ese escenario internacional a tus trabajos de campo con jóvenes y con mujeres

liberales, ¿cómo se encuentran y se tensionan esas narrativas antiestatales de “arriba” con las experiencias concretas de precariedad y decepción con el Estado de “abajo”?

Melina Vázquez

Me parece interesante pensar las sensibilidades sobre el Estado desde arriba y desde abajo. Desde arriba sería construir un relato verosímil, para otros que no son personajes inocuos, allí estaban referentes de fundaciones y políticos que participan de este tipo de eventos internacionales, que celebraban, por ejemplo, que el Estado haya tenido un examen de ingreso, el intento por construir las credenciales, mostrar que no es sólo motosierra, sino que es valioso y que delimita una suerte de hoja de ruta. También la idea de la “batalla cultural” en estos términos: convencer a los viejos y a los jóvenes de los beneficios de la libertad, cómo redundaría en una disminución de la pobreza. La “batalla cultural” también está en construir un relato verosímil de por qué un Estado chico es mejor para todos.

Desde abajo esta sensibilidad, que para mí fue muy importante cuando empecé a estudiar el fenómeno mileista de la mano de jóvenes, y me encontraba con jóvenes precarizados que sentían que el Estado, en plena pandemia, no los cuidaba. El “quédate en casa” y “El Estado te cuida” eran una mímica del Estado. Pero no un Estado que era “excesivo”, porque hay que pagar impuestos, como sostenían los Benegas Lynch en el evento liberal, sino porque vivían la perplejidad de las mímicas de un Estado cuya presencia no es verosímil para ellos y para ellas, y que problematizan en términos de lo que Pablo Seman denomina como “el estado del Estado”. Los jóvenes precarizados que no pueden salir a trabajar por las medidas de aislamiento social preventivo y obligatorio, como síntesis. ¿Cómo encuentran condiciones estas narrativas para confluir? algo que me parece importante pensar y lo que más perplejidad genera: la eficacia de ese relato. Para mí, aunque el gobierno de Milei fracase, esta narrativa se va sedimentando, inclusive los debates sobre la importancia del ajuste fiscal están presentes hoy en fuerzas políticas que no tenían esa agenda. Entonces, hay algo de estas sensibilidades que vamos a empezar a ver cada vez más fuertes en lugares inesperados. Quería volver sobre la expresión “más mercado, menos Estado”, que también es una expresión que cada quien se apropia en su terreno de distintas maneras. Esa expresión dio nombre al libro de Camila Rocha también sobre las fundaciones liberales en Brasil, o sea, tampo-

co es que sólo habla del contexto argentino, aunque las apropiaciones contextuales hacen al sentido que le pueden atribuir los actores, desde arriba o desde abajo. Cuando hicimos la investigación sobre las mujeres liberales, y sobre todo cuando compartimos el título y la tapa, que generó casi un focus group, todas estaban de acuerdo en que la frase “Sin padre, sin marido y sin Estado” representaba a las tres generaciones de mujeres con las que trabajamos: las señoras liberales paquetas, de clase alta, algunas ex militantes de la UCEDE, que viven en barrios como Recoleta en la Ciudad de Buenos Aires; la generación intermedia, mujeres de 30-40 años, muchas de ellas profesionales que trabajan para vivir y las pibitas, algunas de ellas precarizadas, una de las referentes de Córdoba trabaja en un call center. Todas ellas suscriben a esta narrativa. La parte del subtítulo (“feministas de las nuevas derechas”) genera más controversias. Más “mercado, menos Estado” también las interpela por igual. ¿Qué dicen las señoras liberales cuando dicen “menos Estado”? Las señoras liberales nacieron a la vida política o en la UCEDE en los 80 o durante el conflicto del campo en 2008. Para estas señoras que viven del campo, “menos Estado” es que el Estado deje de estar en nuestras vidas, que nos deje de sacar impuestos. Para las pibas liberales “menos Estado”, cuando viven las mímicas del Estado, es otra cosa totalmente diferente. ¿Qué quiero decir con esto? Estas sensibilidades por arriba, por abajo, entre clases sociales o grupos sociológicos muy diferentes, producen (de forma paradójica) consensos, narrativas comunes, acuerdos, aunque estén en situaciones y posiciones objetivas muy diferentes. Voy a terminar con la anécdota que relató a carcajadas Alberto Benegas Lynch (h), durante el evento liberal que mencioné: “bueno, este relato de que el Estado recauda para poder distribuir con otros es la historia de sacar a Pedro para darle a Juan. Y yo me opongo porque soy Pedro”.

Florencia Luci

Retomando algo de lo que decía Melina, me sumo a esta mesa con la idea de compartir algunos desplazamientos en la relación entre élites, Estado y sociedad durante el gobierno de La Libertad Avanza. Son parte de las discusiones que venimos trabajando con Matías Landau y con Victoria Gessaghi en el Grupo de Estudios sobre Jerarquías, y también de una investigación que realizamos con Inés Nercesian y Francisco Robles Rivera sobre el populismo de mercado en los gobiernos de Javier Milei y de Nayib Bukele. Lo que me interesaba traer hoy es cómo el avance del proyecto libertario se monta sobre una disputa inten-

sa en torno a las categorías y narrativas que explican y legitiman la política económica en términos de “bien común”, es decir, en torno a las razones por las cuales esas políticas se presentan como buenas o necesarias para la sociedad.

Pilar Arcidiácono

Florencia, vos proponés leer el proyecto libertario desde la disputa por el “bien común”. ¿Qué cambia en esa relación entre élites, Estado y sociedad si miramos la legitimación no sólo desde el punto de vista estructural sino como justificación moral?

Florencia Luci

Desde un punto de vista estructural, si observamos el modelo económico y la apropiación de la renta, el patrón de acumulación fuertemente liberalizador del gobierno, profundizó una apropiación regresiva, pero también reconfiguró las mediaciones entre Estado y élites. Las grandes ganadoras son las fracciones más concentradas de los sectores hidrocarburífero, agroexportador, financiero y extractivo, que hoy se apropian de más del 30 % del producto. En cambio, las áreas vinculadas a derechos sociales —educación, salud, ciencia— sufren recortes de hasta el 80 %. También en el costado perdedor, tanto económico como simbólico, aparecen los sectores industriales y de la construcción: los primeros, señalados como “adictos al Estado” y responsables de las crisis recurrentes por falta de divisas; los segundos, asociados a la corrupción y al gasto público. Este esquema no es un efecto natural del mercado, sino una forma específica de mediación entre Estado y sociedad. A través de políticas de ajuste, desregulación y apertura, y mediante beneficios extraordinarios como el RIGI, el gobierno canaliza recursos hacia esos sectores concentrados. Si partimos de la premisa de que las sociedades capitalistas necesitan legitimarse sobre alguna idea de bien común —es decir, ofrecer una explicación de por qué el sistema es válido o deseable para todos—, podemos preguntarnos cómo se justifica hoy esa distribución desigual. Tradicionalmente, la redistribución estatal operó como forma de legitimación: las élites se apropian de la renta, pero una parte —siempre en disputa en la lucha social— vuelve a la sociedad en forma de derechos, salarios o políticas públicas. Un poco el esquema clásico del bienestar del que hablaba Matías. Milei rompe con esa mediación: para él, el Estado no garantiza ni media el bien común, sino que es el problema mismo. La legitimidad de la apropiación deja de fundarse en la redistribución y pasa a sostenerse en la premisa del equilibrio fiscal y la estabilidad macroeconómica como condicio-

nes del orden económico y, por ende, social. Como dice el propio Milei: "solo si ellos ganan, el país sobrevive".

Pilar Arcidiácono

Aparece con fuerza la categoría de "casta" y la idea de privilegio. ¿Cómo reordena Milei las jerarquías sociales cuando ya no se trata solo de ricos y pobres, sino de "quién vive del Estado" y quién no?

Florencia Luci

La narrativa se apoya en una disputa categorial muy intensa que reordena los términos del antagonismo social y redefine la noción de privilegio sobre la que se asienta el gobierno libertario. Me interesa detenerme en la categoría de casta, porque permite observar esa operación. Esta categoría le permite a la narrativa del gobierno de Javier Milei reordenar los términos y los actores del antagonismo social y, al mismo tiempo, construir una nueva noción de privilegio, que constituye la base moral del proyecto libertario. Recordemos que durante la pandemia reapareció con fuerza la pregunta por el privilegio: "quedate en casa" decía la recomendación oficial, pero ¿en qué condiciones? ¿Quiénes podían quedarse en casa con ingresos asegurados y quiénes no? De allí surge una resignificación del privilegio, ya no asociado a las élites económicas o a los ricos, sino a la seguridad proveniente del Estado. Milei capitaliza esa idea bajo la forma de casta, que en un primer momento abarca a la dirigencia política y luego se extiende a todos aquellos que "viven del Estado". Sobre esa base construye su promesa de campaña: eliminar a la casta, desarmar un Estado caro, corrupto e ineficiente, que le "roba" a los argentinos de bien. La idea de casta no remite a una clase social o una posición estructural, sino a un registro moral: una forma de habitar la relación con el Estado. Milei no plantea el antagonismo en términos de la disputa distributiva clásica del populismo latinoamericano —pueblo pobre versus élite rica—, sino que introduce una segmentación transversal entre casta y argentinos de bien. Esta operación le permite reordenar el eje del conflicto social y moral. En lo "alto" sitúa, por un lado, a una élite parasitaria, compuesta por la dirigencia política "atornillada", los empresarios prebendarios y el sindicalismo tradicional, y por otro, a una élite productiva, representada por los empresarios innovadores, simbólicamente desvinculados del Estado. En lo "bajo", diferencia a un "pueblo emprendedor", meritocrático, de otro "pueblo tutelado", dependiente del Estado y de las políticas de asistencia, que se dispone a organizarse colectivamente, ejercer la protesta, etc.

Este desplazamiento —que retoma lo que mencionaba Melina sobre la mirada "de lo alto y lo bajo"— permite a Milei redefinir las jerarquías sociales en clave moral antes que económica, desplazando la legitimidad hacia la autonomía individual y el esfuerzo personal. Estas fronteras no son fijas ni estructurales, sino performativas y relacionales: según el contexto de la disputa, la "casta" puede abarcar desde dirigentes políticos hasta beneficiarios de planes sociales, científicos del CONICET o docentes. Lo relevante es el tipo de vínculo con el Estado. Como plantea Semán, se trata de una identificación afectiva y fragmentada, más que de una posición de clase.

Pilar Arcidiácono

Cuando hablás de "pueblo emprendedor" y "pueblo tutelado" pareciera que se desdibujan las asimetrías materiales.

Florencia Luci

En efecto, esta segmentación produce dos efectos: uno de horizontalización y otro de simetrización. Por un lado, todos pueden "emprender" y participar del proyecto de bien común libertario: desde Marcos Galperin hasta los crypto bros o los repartidores de Rappi. Esa operación de horizontalización abre un espacio discursivo de inclusión que traslada hacia "lo bajo" los valores y saberes de "lo alto": la innovación, el riesgo, la iniciativa individual, el conocimiento tecnológico, lo tech, el capital simbólico asociado a los mundos digitales y startuperos. En ese campo, cualquiera puede innovar o emprender: se construye la idea de un juego democrático y libre, donde el talento individual y la iniciativa reemplazan a la mediación estatal. Claro que el riesgo no se socializa: se individualiza. El caso \$LIBRA lo mostró con claridad: todos sabían las reglas del juego. Por otro lado, la figura del "gerente de la pobreza" sintetiza el efecto de simetrización, al invertir las jerarquías de poder y subordinación. En esta lógica, los dirigentes sociales —especialmente de aquellos movimientos populares que administran programas asistenciales— se transforman en élites parasitarias; los industriales pasan a ser "planeros" dependientes del Estado; y empresarios como Marcos Galperin encarnan el modelo del "pueblo emprendedor" que, simbólicamente, empieza "en un garage". Esta inversión genera una ilusión de equivalencia moral entre actores muy desiguales, borra las asimetrías estructurales y presenta las posiciones sociales como resultado de decisiones individuales. Así, la desigualdad se reinterpreta en términos morales y personales, más que como un problema estructural o político.

Me gustaría dejarlo por ahora. Después, si hay tiempo, puedo retomar con la figura de Galperin como ejemplo de esta reconfiguración entre élites tecnológicas y pueblo emprendedor.

Malena Hopp

Algunas de las cuestiones que se plantearon resuenan para pensar la situación de los trabajadores y trabajadoras de la economía popular. Si miramos la reconfiguración de los vínculos Estado-sociedad a través del caso de las organizaciones de economía popular, es evidente que cambió profundamente. Ese proceso que viene hace décadas y que mencionó Melina, de incorporación de referentes a las estructuras del Estado en múltiples ámbitos, no sólo en el Ministerio de Desarrollo Social, que quizás fue lo más visible; de repente, o quizás no tan de repente, viró hacia la negación de las organizaciones como interlocutoras y partícipes legítimas en el proceso de implementación de políticas públicas. La eliminación de los llamados intermediarios de “planes sociales”, y el fortalecimiento simultáneo de las transferencias directas de ingresos, especialmente en materia alimentaria y a través de la Asignación Universal por Hijo, fueron dos de las principales acciones emprendidas por el gobierno libertario. Esto se dio en el marco de la desjerarquización de los Ministerios de Trabajo, Desarrollo Social y Educación cuyas funciones se condensaron, desde una mirada centrada en el mercado, en el Ministerio de Capital Humano, y la eliminación del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidades creado en la gestión previa.

Pilar Arcidiácono

Malena, la pregunta es: ¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Qué condiciones hicieron posible este escenario de deslegitimación de la política social y ataque a toda forma de organización colectiva y de construcción o de idea de lo común?

Malena Hopp

Una primera cuestión es pensar desde la perspectiva de análisis político-cultural que propone Estela Grassi y que sostenemos desde nuestro Grupo de Estudios sobre Política Social y Condiciones de Trabajo. Implica entender la política social como objeto y como campo de luchas sociales por las condiciones de vida, de trabajo, por el reconocimiento de los grupos sociales y la atención de sus necesidades. También pensarlas como luchas por el Estado y por el sentido de sus intervenciones como propusieron Claudia Danani y Susana Hintze. Una segunda cuestión, que venimos pensando hace tiempo con Eliana Lijterman a partir de un trabajo de

campo colectivo en el que hicimos grupos focales con distintas categorías de trabajadores y trabajadoras, tiene que ver con el problema del respeto que se pone en juego en las políticas sociales. Por un lado, ser protegido depende del reconocimiento de un individuo como semejante, como miembro de la comunidad política, pero al mismo tiempo la protección significa reconocer una necesidad, una vulnerabilidad que es especialmente problemática en nuestras sociedades capitalistas modernas. Sociedades de individuos, como las denomina Norbert Elias, que niegan las relaciones de interdependencia y que hacen de la vulnerabilidad un problema no sólo para los vulnerables, sino también para las personas autónomas. Esto hoy está sumamente exacerbado desde el discurso libertario. Para pensar este problema recuperamos la propuesta de Richard Sennett, que identifica tres códigos modernos que cifran el respeto, que son hacer algo por sí mismo, cuidar de sí; es decir, no convertirse en una carga para otros. Esto aparece muy fuertemente en la actualidad, quienes se muestran autosuficientes son respetados, pero quienes necesitan ayuda o muestran una necesidad, parece ser una acción vergonzante. El tema de los discapacitados hoy es el ejemplo más extremo. Y la tercera clave del respeto tiene que ver con retribuir a los demás, contribuir con la comunidad. Acá nuevamente aparece la pregunta ¿qué aportan estas personas estigmatizadas como “planeras”, estos trabajadores y trabajadoras de la economía popular? En un mundo del trabajo tan fragmentado, tan precarizado, esto se vuelve una cuestión cada vez más problemática, porque ni siquiera quienes trabajan, ni siquiera los formales (aquellos que pensábamos que tenían una cierta estabilidad, seguridad y protección) tienen hoy condiciones adecuadas, sea por la inflación, o por las distintas incertidumbres que nos atraviesan.

Pilar Arcidiácono

Se ve cómo el discurso sobre el “mérito” y la “carga para otros” se vuelve muy potente.

Malena Hopp

Creo que más allá de las especificidades actuales, no hablamos de algo tan novedoso. Estas controversias respecto de la protección se remontan, al menos, a la década del '90. Esta pregunta de cuándo es legítimo dar protección, cómo, de qué manera, cuánto tiempo deberían durar estas protecciones; pensando en que estos programas destinados a población adulta en edad de trabajar, es decir, considerada autoválida pero que se inserta de manera precaria o no se inserta en el mercado de trabajo, se fueron generalizando. En los

‘90 alcanzaban alrededor de 600.000 titulares, luego el Jefas y Jefes de Hogar Desocupados post crisis 2001 con alrededor de 2,2 millones, y Potenciar Trabajo en la gestión de Alberto Fernández que tuvo un pico de aproximadamente 1,6 millones. Esta conjunción entre un mercado de trabajo en transformación y de profunda precarización, con la generalización de apoyos estatales que son necesarios, pero que ya nadie cree que estas intervenciones que encarnan “los planes” sean deseables. Ni los que reciben “planes”, porque preferirían no tenerlos, querrían hacer algo por sí mismos, aportar algo, o porque creen que efectivamente aportan algo a la sociedad pero no se los está reconociendo. Tampoco son deseables para otros que creen que tienen demandas de protección para sí incumplidas, que creen que deberían acceder pero no acceden a estos apoyos. Tampoco parecen ser legítimos o deseables para el conjunto de la sociedad que empieza a sospechar que algo no funciona: estos planes que se crearon en la emergencia persisten, ¿no serán parte del problema y no de la solución? Estas parecen ser algunas de las condiciones que fueron haciendo posible esta avanzada brutal contra estos actores colectivos organizados en la economía popular. Desde la perspectiva de las propias organizaciones, este proceso de deslegitimación o la falta de reconocimiento del trabajo, del aporte que hacen, tampoco es nueva. Traigo el ejemplo más reciente de la gestión previa. En el Ministerio de Desarrollo Social convivieron dos líneas de intervención, la que promovía la economía popular y la que establecía el decreto 711 de 2021, que proponía “convertir los planes en trabajo”, recuperando una idea que ya había traído Mauricio Macri, que se había tomado también antes, y que había fracasado un montón de veces, pero que vuelve a estar en el centro del debate público y de la intervención estatal dirigida a personas adultas en edad de trabajar.

Pilar Arcidiácono

En este nuevo escenario de deslegitimación y ajuste, ¿Qué estrategias ves que combinan la disputa inmediata por recursos con la construcción de horizontes más amplios?

Malena Hopp

Por ejemplo, una de las ramas o de las actividades más golpeadas fue la de las trabajadoras sociocomunitarias, que venían recibiendo además del monto de medio salario mínimo del Potenciar Trabajo, un plus que era el componente nexo, para que su ingreso fuera equivalente a un salario mínimo. En esta idea de salario complementario que tenía el Potenciar, poder cubrir todo ese

trabajo que no se complementa con otro ingreso mercantil como sucede en otras actividades de la economía popular. Esta situación llevó a estas trabajadoras a empezar a hacer las rondas de las ollas vacías, inspiradas en las abuelas y madres de plaza de mayo, para visibilizar el problema del hambre. Las empezaron a hacer en el Hotel Libertador, cuando estaba Milei al inicio del gobierno, en la Quinta de Olivos, en el Ministerio de Economía. Estas manifestaciones iban mostrando cuáles son esos lugares de poder, o dónde están los responsables del hambre del pueblo. Comenzaron a ver que necesitaban construir dispositivos para cuidar a las que cuidan, porque en este contexto de deslegitimación y de hambre, el problema les estallaba en la puerta de los comedores, cuando no les alcanzaba la comida para todas las personas que se acercaban a los espacios comunitarios que son cada vez más. También porque el ajuste y la “motosierra” a los programas para la economía popular llevaron, por un lado, a la necesidad de autogestionar los recursos para sostener los espacios de cuidados. Por otro lado, las trabajadoras tuvieron que buscar otros trabajos mercantiles que les permitieran sostener sus hogares en el nuevo contexto. Esto implicó cuatro jornadas laborales: además del trabajo comunitario, el mercantil y en las casas, se sumaba la cuarta jornada para la búsqueda de recursos para sostener la atención de necesidades. Por eso armaron la Escuela de Cuidados Comunitarios, con el doble objetivo de capacitar, de recuperar esos saberes populares contruidos en la práctica comunitaria y jerarquizarlos, y también, en palabras de ellas, para “abrazar a las compañeras”, “a las compañeras que están rotas”, porque tienen problemas de salud mental y múltiples dificultades que hoy se profundizan. Otra de las estrategias fue la judicialización de algunos de los conflictos, por ejemplo con los alimentos que habían quedado almacenados sin distribuir y estaban prontos a su fecha de vencimiento, mientras los comedores comunitarios de varios puntos del país no estaban recibiendo mercadería. También la incidencia en espacios consultivos, parlamentarios o del ámbito internacional como la OIT, la conferencia regional de la mujer de la ONU, entre otros. Estas estrategias tienen otra temporalidad y otro nivel de intervención distinto a las acciones y urgencias cotidianas. Ante el ajuste a nivel nacional, fortalecieron y ampliaron las redes y articulaciones con otras organizaciones sociales, productivas, religiosas, también con los estados provinciales o locales que son ámbitos en los que se construye cotidianamente la economía popular y se efectivizan la provisión de cuidados. La última cuestión importante que quería mencionar es que a pesar de todo, siguen soñando y construyendo

propuestas y alternativas que empiezan a pensar a partir de la idea de soberanía en cuidados, que se despliega precisamente frente a este despojo tan brutal de los bienes comunes, de la desarticulación de las políticas para el sector, para la economía popular, pero en general de la política social y de los cuidados. También en contraposición a este sistema capitalista que externaliza cada vez más los cuidados en las familias, y que hoy además saca todos los recursos que en algún momento con esta idea de legitimidad, a partir de la redistribución, se supieron construir. La soberanía en los cuidados se asocia con una idea de patria, que incluye a las comunidades, a las familias, a quienes están al lado, con la idea de para qué sirve estar bien yo, si veo que todos los demás están mal. También se vincula con la cuestión alimentaria, no sólo con el derecho a los alimentos y a la alimentación, sino con disputar qué comemos y cómo lo hacemos. Por ejemplo, que no sean solamente harinas, o que no se fumigue todo con agrotóxicos que envenenan la sangre, una idea de ligar los cuidados de una manera mucho más amplia, y una idea de comunidad, de patria, de lo común, más amplia, que en este momento puede parecer de muy difícil construcción, pero que se plantea como horizonte de sus luchas políticas y de sus estrategias gremiales.

Dolores Rocca Rivarola

Quisiera poner sobre la mesa algunos de estos ejes para pensar al mileísmo y al Estado, pero desde una perspectiva comparativa con la experiencia del Bolsonarismo en Brasil entre 2018 y 2022. Creo que esa inscripción, con sus debidos matices, echa luz sobre la experiencia del Estado en tiempos de Milei. Hoy tanto Matías Landau como Melina Vázquez mostraron cómo algunas caracterizaciones que hace el mileísmo sobre el Estado, de achicamiento del mismo, con una supuesta racionalidad detrás, se inscriben en una tradición liberal hartamente conocida en la Argentina. Pilar Arcidiácono también citaba antes a Prat Gay durante el gobierno de Cambiemos hablando de la “grasa militante”. O podemos pensar en Javier Milei en el discurso de apertura de las sesiones legislativas, el 1 de marzo de 2025, diciendo que eliminaron “cajas de militancia” como el INCAA, como el INADI, como el Ministerio de la Mujer, como TELAM.

Pilar Arcidiácono

Dolores, la comparación con Bolsonaro permite ver ese espejo brasileiro sobre el modo en que Milei redefine al Estado y sus enemigos más allá de las referencias locales que ya conocemos, ¿Que más podés decirnos sobre esto?

Dolores Rocca Rivarola

La narrativa de Milei va más allá y retoma algo que también mencionaba Matías, que es la idea, en última instancia, de una abolición. En ese mismo discurso de inicio de sesiones, Milei decía “la motosierra no es sólo un programa de gobierno, es una política de Estado que seguirá durante años y no parará hasta que encuentre el final del Estado en el largo plazo”. El final, como afirmó en La Derecha Fest, el 22 de julio, de “un Estado gigante, quebrado, corrupto, que hundió a la gente en la miseria, un Estado que en definitiva odiaba a sus ciudadanos y que en consecuencia se ganó el odio de todos ellos, y con justa razón”. En esta narrativa, el Estado nos odia y deberíamos odiarlo. Entonces, ¿cómo interpretar e inscribir esas narrativas de redefinición del Estado en un contexto regional? Uno de los ejes de discusión para hoy era cómo se reconfiguran algunas lógicas estatales que tienen que ver con la interlocución del proyecto libertario con los actores sociales y políticos. Bolsonaro y Milei, en sus campañas de 2018 y 2023, respectivamente, se presentaban como una revuelta contra un orden existente y a la vez en otros aspectos como portando un contenido reaccionario. Esto último, a través de la glorificación de ideas e instituciones conservadoras, la homofobia —que Milei tardó más en desplegar— y un anticomunismo furibundo, y anacrónico —una puesta en escena contra un fantasma que ya, pos Guerra Fría, no existe como tal. Pero es central en ambos la noción de la infiltración de la izquierda en el Estado y en la propia sociedad. Y aparece allí un elemento que era novedoso, que no había sido común desde la recuperación democrática en Argentina y Brasil, que es autopresentarse como candidatos de derecha. Algo que Inés Pousadela comparando ambos países, y Ronaldo de Almeida para el caso brasileiro, sostienen que no era común en la autodefinición de la dirigencia política. Bolsonaro y Milei rompen con esa idea. Aquella postulación, por otro lado, como una revuelta contra el orden existente es sumamente potente durante una crisis económica y política. ¿Y qué era ese orden? Cuatro años después de iniciado su gobierno, la campaña electoral televisiva Bolsonaro, hablaba todavía críticamente de “El sistema”. El sistema, decía una voz en off, “es un enemigo invisible, el sistema tiene brazos donde el pueblo no llega. El sistema saca dinero de quien es trabajador, el sistema perjudica a quien quiere ofrecer empleo, el sistema está hecho de políticos corruptos, ladrones, presidiarios y asaltantes del dinero público”. Milei hablaba en 2023 de la casta del partido y del Estado. Y caracterizaba al Estado como organización violenta que vive de una fuente

coercitiva, los impuestos. El matiz ahí es que, aunque Bolsonaro haya tomado medidas de reducción estatal, en su narrativa, el Estado no aparece como un enemigo a destruir, no hay allí una idea de desmonte total del Estado. Además, como argumenta Rafael Rezende, Bolsonaro tercerizó el discurso económico liberal en su ministro, Guedes. En cambio, Milei lo toma para sí y se postula como pedagogo del liberalismo económico. Los caballitos de batalla del discurso de Bolsonaro eran otros, más vinculados a "la batalla cultural".

Pilar Arcidiácono

En esa clave moral, de "bien" contra "mal", ¿cómo lees la dimensión religiosa y épica que se cuele en ambos casos?

Dolores Rocca Rivarola

Tanto Bolsonaro como Milei se auto perciben como cruzados en una disputa entre la izquierda estatista y la derecha liberal. Esa disputa, ideológica, programática, se reviste en ambos casos de un carácter moral. Se vuelve una disputa entre el bien y el mal, un match épico, un combate que se reedita en distintos momentos de la historia. Hay muchos ejemplos de Bolsonaro diciendo esto, sólo menciono uno: en la playa de Copacabana en el acto por el día de La Independencia, el 7 de septiembre del 2022, en plena campaña electoral, enumeraba distintos momentos "difíciles pero buenos", por los que pasó Brasil. Todos esos momentos implicaban una lucha entre la izquierda y la derecha: El "22" [1922], la revuelta tenentista; "35" [1935], el intento de insurrección comunista. El "64" [1964], el golpe. El "16" [2016], el impeachment a Dilma. El "18" [2018], la elección de Bolsonaro, y ahora el "22" [2022]. La historia, decía Bolsonaro, se puede repetir. "El bien siempre venció al mal. Estamos aquí porque creemos en nuestro pueblo y nuestro pueblo cree en Dios". Sin esa alusión a Dios, en La Derecha Fest, el 22 de julio, Milei decía "Estamos en guerra. Por muy repetitivo que suene, la historia ha demostrado que la única forma de vencer al mal organizado es mediante el bien organizado". Una lucha ideológica y a la vez moral que se va reeditando en la historia. Volviendo a lo estatal, hay una noción, recurrente en Bolsonaro y Milei, de asociar el Estado al impedimento, la "máquina de impedir", diría Milei, o el Estado que atrapalha en portugués [en español, que molesta, obstaculiza]. Y en ese sentido podemos pensar en distintas lógicas que se van reconfigurando en la experiencia estatal del mileismo y el bolsonarismo.

Pilar Arcidiácono

Recién nombrabas esas "lógicas estatales" que se reconfiguran. ¿Podés desplegar un poco más esa idea?

Dolores Rocca Rivarola

Una primera lógica tiene que ver, en Argentina, con una traducción práctica de esas miradas que describíamos recién sobre lo estatal. Podríamos denominarla como una lógica público-mediática de la ilustración. Esa lógica opera en la interlocución con los actores sociales y políticos, y sobre todo, con la opinión pública, en el camino del achicamiento del Estado. ¿En qué consiste esa lógica de la ilustración? A veces el Estado es algo opaco para la sociedad. Es difícil evaluar y entender algunos funcionamientos cotidianos del Estado: los proveedores, las compras, la asignación de recursos, el diseño e implementación de algunas políticas públicas y las discusiones que están detrás de eso. Y Milei apostó a que esa opacidad se convierta en materia de sospecha, denuncia e indignación y a que eso facilite el apoyo social, o por lo menos el desinterés, ante la eliminación de organismos y programas. La lógica de la Ilustración presenta datos simples, supuestamente claros y legibles, que ilustrarían la obsolescencia, el parasitismo, el "curro". Es Adorni (vocero de Milei) mostrando una radiografía de un perro y diciendo que eso es lo que se usó para otorgar una pensión por discapacidad (en el marco de deslegitimar y desfinanciar el sistema de pensiones). Es Sturzenegger (ministro de Desregulación y Transformación del Estado) en el caso de las muertes por fentanilo contaminado, diciendo que si no estuviera la ANMAT (Administración Nacional de Medicamentos y Alimentos y Tecnología) "yo hubiera hablado con mi médico y me hubiera cuidado mejor". Es también algo que mencionaba antes Malena Hopp acá: la suspensión de los alimentos a comedores populares en el marco de una causa judicial contra una de esas organizaciones territoriales. Una segunda reconfiguración de lógicas estatales es la fusión y desjerarquización de áreas del Estado. Esa lógica se observa tanto en el mileismo como en el bolsonarismo, pero también hay matices. En Argentina, la creación del Ministerio de Capital Humano, que fusionó varias áreas. Lo mismo en Brasil con el Ministerio de Economía, pero allí los ministerios se redujeron menos que en Argentina, y eso puede explicarse tal vez por la dinámica de distribución de cargos ministeriales a aliados parlamentarios del gobierno, que se mantuvo todo este tiempo. De 28 ministerios en el gobierno de Dilma se pasó a 18 en el gobierno de Bolsonaro. En Milei esa lógica de fusión y desjerarquización fue más notoria y

más radical. Si Alberto Fernández tenía 20 ministerios (luego, 18), Milei los redujo a 9.

Una tercera lógica, que también exhibe un matiz entre ambas experiencias de estas derechas radicales, es que, si en la Argentina de Milei el Ministerio de la Mujer se cerró, en el Brasil de Bolsonaro se observa otro fenómeno diferente. En Argentina lo que vemos son cierres, la desarticulación de algunos programas relacionados con mujeres y con la comunidad LGBT+. Es la denostación del Ministerio de las Mujeres como un signo de que el Estado no funciona, de la supuesta hipocresía de una “agenda ideológica” que el gobierno anterior habría intentado “propagar e imponer” (tal como decía el comunicado de cierre, en junio de 2024). En Brasil, en cambio, el Ministerio de las Mujeres, Igualdad Racial y Derechos Humanos había sido eliminado antes de Bolsonaro (Temer lo desjerarquizó y subsumió algunas de sus áreas en el Ministerio de Justicia y Ciudadanía). ¿Pero qué hace el bolsonarismo? Crea de nuevo el ministerio, le cambia el nombre, sale el título “Igualdad Racial”, entra el de “Familia”, y queda como Ministerio de la Mujer (no las mujeres), Familia y Derechos Humanos. ¿Y qué hace con esa área? Si a los gobiernos del PT se los había acusado de *aparelhar* al Estado [ocupar el Estado con militantes de movimientos sociales, del sindicalismo, del PT], el bolsonarismo desarrolla una dinámica de ocupación ministerial por parte de un movimiento que Flavia Biroli, Luciana Tatagiba y Débora Quintela llaman “antifeminista”. Actores que se autodenominan de derecha, cristianos, y que vetan políticas igualitarias, construyen alianzas con organizaciones afines y hacen avanzar criterios religiosos. Solo un ejemplo: en la gestión de Damares Alves como Ministra de la Mujer, que era una abogada y pastora evangélica, la campaña para prevención del embarazo juvenil adolescente se llamaba “Todo tiene su tiempo, adolescencia primero, embarazo después”. Y era una promoción de la “reflexión y abstinencia [sexual] como modo de prevención del embarazo adolescente”. Una fórmula para el éxito, ¿No?! Y entonces, lo que tenemos, en los dos casos, son gobiernos que denuncian una supuesta ocupación del Estado por parte de la “ideología de género” y de la izquierda, pero uno de ellos, el gobierno de Bol-

sonaro, conservador en términos culturales y morales, acaba desplegando una dinámica también de ocupación. Quiero mencionar una última lógica estatal en relación con la interlocución con actores sociales y políticos. Algo que se dio en el bolsonarismo y que aún necesitamos tiempo para ver si va a tener un correlato similar en el caso de Milei, y que son los llamados gabinetes paralelos. Hay tres casos, durante el gobierno bolsonarista, que fueron investigados por Comisiones Parlamentarias de Investigación (CPI). Uno es el gabinete paralelo de salud durante la pandemia (que impulsaba tratamientos no aprobados contra el COVID, y acusado de coimas en la compra de vacunas). Otro es el gabinete paralelo de Pastores: pastores evangélicos que actuaban informalmente en nombre del Ministerio de Educación, exigiendo sobornos a los intendentes locales. El tercero es el llamado gabinete del odio, al que Antonio Filho y Gabriel Siqueira definen como una compleja estructura de comunicación con dinero público que involucró a distintos actores con y sin cargos formales en el Estado, empresas de marketing y la propia familia Bolsonaro, para divulgar fake news y atacar en las redes sociales a opositores. Deberíamos esperar para ver si esto tiene un correlato en el caso argentino, donde ha habido investigaciones periodísticas (A. Alfie en Clarín, en marzo de 2025, o Maia Jastreblansky para la Nación, en octubre de 2024) que han mostrado la inserción (no siempre formal) en el aparato de Estado de figuras de la red de twiteros de Milei que se dedican a atacar a periodistas, artistas, referentes LGBT+ y de la oposición. Sin tener un cargo formal, aparecen en documentación firmando las autorizaciones de ingresos de otras personas a la Casa Rosada, o usan fondos públicos, etc. Cabe preguntarnos si son fenómenos emparentables con los gabinetes paralelos del bolsonarismo a la hora de pensar la interlocución del gobierno con la sociedad.

Pilar Arcidiácono

Les agradecemos a todos por haber participado. Creemos que fue un buen intercambio y que seguramente continuaremos en próximos espacios para seguir comprendiendo este proceso que se nos presenta como novedoso y que interpela nuestras agendas de investigación.

